

puesto infaliblemente la menor palabra pronunciada con indiscrecion.

Habia en Argel un renegado griego llamado Hassan, revestido de grandes facultades, que poseia á una legua de la ciudad, cerca del mar, un jardin confiado al cuidado de un esclavo navarro. En el lugar mas retirado del jardin este esclavo habia escabado poco á poco un subterráneo, en el cual se entraba por una abertura oculta con arte. Cervantes, instruido de esta particularidad, logró amistar-se con el navarro. En el mes de febrero de 1577, se escapó de casa de su señor; mas esto era solo un paso para su gran designio, porque no era suficiente para librarse un esclavo salir de Argel; ó bien habria perecido de hambre y de miseria, ó al fin tarde ó temprano habria sido cogido por sus dueños y entregado á los verdugos. Era preciso encontrar el medio de embarcarse, y he ahí cual era el objeto de todos los proyectos de Cervantes.

Una vez fuera de Argel, vino á esconderse en el subterráneo hecho por el jardinero español. Algunos otros esclavos cristianos se reunieron en aquel asilo; de suerte que al cabo de seis meses eran quince los reunidos, todos hombres de esfuerzo y valor. Enterrados vivos en aquella especie de tumba, para esperar el momento favorable para su fuga, no se atrevian á respirar el aire puro de fuera sino durante la noche. El jardinero navarro, rondaba las inmediaciones del jardin, y otro cautivo llamado Dorador, á quien Cervantes habia comunicado el secreto, se encargó de proporcionar á los fugitivos víveres que traía furtivamente á su retiro.

Los quince cristianos vivian así, habia ya muchos meses, sepultados en un subterráneo oscuro y húmedo, temiendo á cada instante ser descubiertos y únicamente sostenidos por las exortaciones, y sobre todo por el ejemplo de Cervantes. Ninguna ocasion favorable se presentaba, cuando un cautivo mallorquin, llamado Viana, amigo de Cervantes, recobró su libertad por medio de un considerable rescate. Antes de marcharse para volver á España Viana vió á Cervantes; le prometió que al punto que llegase á su patria, fletaría un barquillo y vendría á buscarle, y á sus compañeros. Viana cumplió fielmente esta promesa. Apenas desembarcó en España arrendó un falucho, especie de buque ligero, y tres semanas despues de su partida, el 28 de setiembre de 1577, estaba de vuelta cerca de las costas de la regencia de Argel.

Como habia tenido cuidado de tomar bien las senas de la posicion del jardin que servia de asilo á los esclavos españoles, vino á abordar lo mas cerca posible de su guarida. Habian convenido en la señal que les advertiria su arribo. Esta señal fué dada; era media noche. Para los desgraciados esclavos, esta señal esperaba con tanta impaciencia despues de tantas alternativas de temor y de esperanzas, es el término de todos sus males, es la libertad. Salen del subterráneo con el silencio mas profundo para dirigirse á la costa donde Viana los aguardaba con su buque. Ya su libertad es cierta, ya se consideran en su patria, en el seno de sus familias. Aceleran el paso y descubren el buque libertador. Dentro de un instante van á terminar todos sus males.

Iban á llegar á la orilla del mar. El falucho de Viana se aproximaba hasta tocar con la tierra á fin de que pudiesen embarcarse, cuando de pronto resuena una vocería. Eran unos moros que pasaban por casualidad. A pesar de la os-

curidad han visto el buque mallorquin, y los cristianos que se acercaban á la orilla. En el momento los moros dan grandes gritos pidiendo socorro. Quizás el embarque de los cristianos habria podido efectuarse antes que hubiesen llegado fuerzas suficientes para oponerse á su designio. Mas Viana se asusta; se cree ya en poder de los argelinos, vuelve á ganar la mar, y los desgraciados cautivos al llegar á la costa ven aquel buque que era su única esperanza, alejándose entre la oscuridad.

Fué pues indispensable volver al subterráneo, empezar de nuevo su angustiosa vida, llena de padecimientos, despues de haberse visto tan cerca de ser libres. Sin embargo, se consolaban figurándose que Viana no tardaria en volver, por lo que su libertad estaba solamente diferida. Mas esta última esperanza la perdieron por efecto de una catástrofe, difícil de adivinar y prevenir.

Aquel Dorador, á cuya fidelidad Cervantes habia confiado su secreto, ocultaba con profundo disimulo la mas negra perfidia. No obstante toda la penetracion de Cervantes habia llegado á engañarle á fuerza de demostraciones hipócritas. El miserable no conocia mas Dios que el oro; por el oro habia renegado de la religion cristiana; por el oro habia vuelto á ella; por el oro estaba pronto á hacer nueva traicion á su fé y á sus juramentos. El 30 de setiembre, dos días despues de la tentativa de evasion de los esclavos españoles, se presenta ante el dey de Argel, ha calculado lo que podia valerle una execrable traicion, y revela al dey la guarida de los quince desgraciados cautivos, y refiriéndole la tentativa tan atrevida imaginada y dirigida por Cervantes. El dey no puede oír esta narracion sin manifestar la sorpresa que le causa tanto arrojo. Envía sin detencion una porcion de soldados guiados por el traidor Dorador, con órden de prender al jardinero Navarro, los esclavos fugitivos, y particularmente á Cervantes como el mas culpable de todos.

Los quince cristianos fueron cogidos en el subterráneo, sin poder hacer ninguna resistencia. Se les condujo á Argel, donde fueron todos encerrados en el baño de los esclavos. En cuanto á Cervantes, el dey habia mandado que lo trajesen á su presencia; queria saber de la boca misma de éste, los pormenores del complot, los medios empleados para su ejecucion. Mas con desprecio de todas sus amenazas y de todas sus insidiosas preguntas, no pudo arrancar á Cervantes mas que esta respuesta: «Yo solo soy culpable; yo solo lo he dispuesto. Perdona á mis compañeros, y entrégame solo á los suplicios.» Por que Cervantes queria espiar así el error que habia cometido, confiando al miserable que lo habia vendido, su secreto y el de sus compañeros.

Tanta intrepidez no dejó de imponer á aquel gefe de los piratas. Esperaba por otra parte obtener un rescate considerable por Cervantes y los otros cautivos, y este fué sin duda el motivo que le decidió á conservarlos. Hassan el renegado habia reclamado como su esclavo el jardinero Navarro, que pereció en los tormentos. Insistia en que los quince fugitivos sufriesen la misma suerte, á fin de que este ejemplo infundiese espanto en los esclavos que tuviesen la idea de imitarlos. La avaricia del dey les salvó la vida. Con todo, la mayor parte de ellos fueron restituidos á sus antiguos dueños, entre otros Cervantes, que cayó de nuevo en manos del cruel Arnaut Mami.

Se podria creer que los peligros que habia corrido y lo infructuosa que fué esta primera tentativa, habria aniquilado

el valor de Cervantes. Muy al contrario, esto fué un nuevo motivo que le impulsó á buscar otros medios de fugarse. Cuatro veces descubierto, se vió cuatro veces á punto de perecer en los tormentos, y sin embargo no se desalentaba. Sus ensayos de evasión le habian salido mal; concibió un proyecto mucho mas arrojado. Se trataba nada menos que de una conspiracion de todos los esclavos, para apoderarse del arsenal y de la ciudad de Argel. Este plan se frustró por la cobardía de algunos de los conjurados que descubrieron el secreto. Cervantes creía esta vez cierta su muerte. La misma sorpresa que causaba á los argelinos semejante valor, salvó todavía su vida, porque ellos graduaban el rescate de Cervantes por las cualidades extraordinarias que no podian menos de reconocer en él. «Mientras no tenga en mi poder, dijo el dey de Argel, á ese esclavo español estropeado del brazo izquierdo, no me creeré seguro en mi capital,» y exigió que Cervantes le fuese entregado de nuevo.

Nuestro héroe tocaba en fin al término de su cautiverio. Habia conseguido que en España se tuviesen noticias de él. El padre de Cervantes habia muerto. Su madre y su hermana reunieron todos sus recursos para rescatar un hijo y un hermano que amaban tiernamente. Dos religiosos trinitarios (era esta una orden instituida para ocuparse en el rescate de los esclavos cristianos) pasaron á Argel, con la cantidad que la madre y la hermana de Cervantes habian juntado con mucho trabajo para su rescate. Pero esta suma distaba mucho de ser suficiente á satisfacer la codicia del dey de Argel. Este se hallaba entonces á punto de partir para Constantinopla, y significó á los dos padres de la Trinidad que se llevaría su esclavo consigo si no se le completaba al momento la cantidad pedida. Ya habia hecho que Cervantes se embarcase en su navío que iba á hacerse á la vela. Felizmente uno de los religiosos, tomando un vivo interés en su suerte, consiguió hallar lo que faltaba para completar el precio exigido por el dey, y nada se opuso ya á la libertad del cautivo.

Cervantes volvió en fin á ver su país y su familia despues de cinco años de esclavitud. Desde entonces se entregó exclusivamente á la literatura. El resto de su vida nada ofrece notable mas que la publicacion de sus diversas obras, entre las cuales es necesario citar la *Galatea*, y sobre todo su admirable historia de la vida de *Don Quijote*, novela que le ha hecho inmortal. Cervantes, que se habia casado con una muger pobre como él, vivió en este estado, y casi siempre espuesto á los ataques de sus enemigos, aunque la nobleza de su carácter debió haber sido suficiente para desarmarlos. Murió á la edad de sesenta y ocho años, el 23 de abril de 1616, y solo despues de su muerte sus compatriotas hicieron justicia al genio de un hombre que tanto ha hecho por la gloria de su país.

En un episodio del *Quijote*, titulado la *Novela del cautivo*, Cervantes hace alusion á sus propias aventuras durante su esclavitud en Argel.

La estatua de bronce que veis en la plazuela del Congreso á la salida del Prado, es la de ese inmortal escritor que murió en la indigencia, y á quien la generacion actual ha procurado vengar de la ingratitud de sus contemporáneos.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

LA EDAD MEDIA Y SUS LEYENDAS.

Caido el imperio de Occidente en el quinto siglo de nuestra era, comienzan con la edad media los tiempos heroicos de la Europa moderna: no son semejantes á los de Grecia, anteriores á la guerra de Troya: no figuran en ellos las divinidades paganas: el cristianismo da á la edad media un aspecto muy distinto del que tuvo el mundo antiguo. Esa edad, considerada en sus relaciones con la marcha civilizadora de los pueblos, lleva el timbre de una grande originalidad. Los trovadores ya repiten, al pie de misteriosos y ahumados castillos, canciones amorosas y lastimeras, ya celebran en sus cantos á los héroes de las cruzadas; y los largos sufrimientos en Palestina de esos campeones de la fe dan á sus versos una armonía romántica y melancólica, que adorna con imágenes fantásticas las expediciones al Santo Sepulcro. Fervorosos peregrinos, apoyados en su báculo, y con una alforja al hombro, recorren los desiertos del Asia, y van á visitar los lugares de nuestra redencion: entonces nacen aquellas órdenes monástico-militares, terror del imperio agareno, y las imágenes de cuyos héroes, estampadas en mudo lienzo, inspiran aun veneracion y respeto. Venecianos, genoveses, pisanos, amalfitanos surcan las olas del tempestuoso mar; llevan á la Tierra Santa peregrinos y guerreros; abren las puertas de las playas orientales á los europeos, y vuelven á los patrios hogares, ricos de mercaderías y tradiciones extraordinarias y fabulosas: Marco Polo penetra hasta la China, y visita con asombro el Celeste imperio. Las cortes de amor, en que se aprende á respetar al bello sexo, y se celebran sus encantos; las justas y los torneos; los caballeros andantes, que se constituyen, con pureza de afectos, defensores y amparo de los desvalidos, de las viudas, de los huérfanos, de todas las damas, dan á la edad media un aspecto heroico-cristiano, y echan las semillas de un nuevo derecho público y de preceptos de una acendrada moral, muy distinta de la de Grecia y Roma, que respiraba voluptuosidad y sensualismo. Los árabes, que ocupan la España, cultivan las ciencias y las letras; á ellos debemos el álgebra; á ellos la primera idea de esas reuniones de sabios, que dan lustre á nuestras academias. Los árabes construyen canales para regar sus campos con las aguas de los rios caudalosos de España; cultivan la botánica; tienen médicos muy célebres; nos conservan en sus traducciones algunas obras antiguas, cuyos originales han sido presa de la voracidad de los siglos. La península ibérica en tiempo de los árabes, y principalmente bajo el califato de Mahomet IV, se nos presenta maestra de Europa; y en la edad media ilustres varones, y entre ellos el insigne pontífice, Silvestre II, calificado de mago por la ignorancia de sus contemporáneos, aprenden las matemáticas en España, dominada á la sazón por los árabes. Las guerras encarnizadas entre españoles y sarracenos dan al Leon de Castilla grandeza y esplendor, y un espíritu caballeresco desconocido por los pueblos de la antigüedad.

La gran fermentacion de las ideas, que en la edad media habia agitado las inteligencias de los pueblos neo-latinos, italianos, españoles y franceses, comienza á dar su fruto en el siglo XIII; y las ciencias, las letras, la política, la reli-

gion, tienden todas á consolidar las bases de una sociedad nueva, capitaneada por el principio católico. Entonces se fundan grandes universidades; se abren nuevas escuelas públicas; se establecen sociedades literarias, y esa época es precursora del renacimiento, inaugurado en el siglo XV por una multitud de escritores inmortales, cuya fama resistirá á los embates y las vicisitudes de todos los tiempos. Pero en la edad media, y también en los siglos XV y XVI, muchas buenas doctrinas se hermanan con la superstición y el error. Hombres versados en las matemáticas son perseguidos por fanáticos ignorantes, que les califican de magos y hechiceros; la astronomía se queda ahogada en los absurdos astrológicos; la aparición de un cometa hace temblar príncipes y reyes, porque le creen precursor de su muerte ó de la pérdida de un imperio; se echa el horóscopo para saber la suerte futura de un recién nacido; la química en mantillas se entrega á los delirios de la alquimia, que alimenta los locos deseos de los que esperan transformar los metales mas despreciables en puro oro, ó hallar el elixir de la vida, que alargue sin término nuestra existencia. Las leyendas tenebrosas, en que se describen los hechos de los hombres supersticiosos ó malvados, que depositaron su fé en esos ensueños, han llegado á la posteridad, y hoy son el objeto de estudios é investigaciones, tan curiosos como importantes, porque desplegan á la vista de los lectores el gran cuadro histórico y tradicional de las preocupaciones y creencias, y de los estravíos lastimosos del espíritu humano por el trascurso de largos siglos. Pero esas leyendas, que inspiran siempre interés por su fondo histórico, y que de vez en cuando despiertan en el ánimo afectos patéticos, bañados de suave tristeza, pueden también en este siglo servir de útil ejemplo á los que pretenden renovar las supersticiones fantásticas de los tiempos pasados bajo formas científicas, que rayan en lo ridículo. Nosotros, pues, deseosos de dar cada vez mas importancia al *Museo de las Familias*, vamos á publicar en distintos números algunas leyendas, cuyos protagonistas son ilustres personajes, que han adquirido mucha celebridad, bien sea por haber figurado en la edad media como insignes literatos, bien sea por su elevada posición social.

LEYENDA PRIMERA.

GILLES DE LAVAL, CONOCIDO GENERALMENTE CON EL SOBRENOMBRE DE BARBA AZUL.

Cárlos VII, rey de Francia, es una gran figura en la edad media no por sus virtudes ni por su valor, sino por una multitud de acontecimientos extraordinarios, que han hecho memorable su reinado. ¿Quién ignora la suerte funesta de Juana de Arco, conocida con el nombre de *Pucelle d'Orléans*? Cuando Voltaire calumnió á esta heroína en un poema impío, atestado de chistes licenciosos é inoportunos, los versos impuros del patriarca de Farney despertaron sentimientos de indignación é ira en el pecho de los verdaderos patriotas franceses. Su lectura inspiró horror á madama Staël, y esta ilustre muger exclamó: «¡Produccion diabólica y delito de lesa-nación!» Federico II de Prusia, aunque amigo de Voltaire, y admirador entusiasta de sus obras, calificó el poema mencionado de chocarrero y trivial. ¿Quién ignora el nombre de Ana Sorel, á quien Cárlos VII habia

consagrado todos sus afectos, y cuya memoria ha celebrado Beranger, uno de los líricos modernos mas eminentes del vecino imperio? Estos hechos son muy conocidos; pero no sucede lo propio con la leyenda de Gilles de Laval, porque los muchos, que han hablado de este hombre terrible, han suprimido ó adulterado algunas circunstancias y particularidades de su vida, que nos dan la idea, no solo de Gilles de Laval, sino también de la época que presencié sus crímenes atroces, y los hechos del reinado de Cárlos VII.

En la sala de los Mariscales de Francia, que es una de las mas magníficas del Museo de Versailles, se ve el retrato de un ilustre personaje vestido en rico uniforme: el baston, en que apoya una de sus manos, es un distintivo de su mucha autoridad; sus miradas tienen algo de feroz y terrible; su frente arrugada parece la de un hombre, que medita crímenes infernales y tenebrosos; su barba negra raya en el azul. Este es Gilles de Laval, á quien la posteridad ha dado el nombre fantástico de *Barba Azul*.

Un escritor moderno dice, al hablar de este personaje misterioso: «Gilles de Laval, señor de Raiz y mariscal de Bretaña, era valiente, porque corría en sus venas sangre francesa; ostentaba grandeza y lujo, porque era rico; quiso ser mago, porque habia perdido el juicio.» (1)

La edad en que vivió inclinaba los ánimos á las creencias religiosas; pero el misticismo, propio de todos los siglos en que la imaginación somete á su dominio la razón, triunfaba en Francia y en toda la Europa. Suponíase, pues, que era dable al hombre ponerse en inmediato contacto con los espíritus, y que estos podían proporcionarle riquezas y felicidades. Una vida contemplativa y mística, purificada de todas las supersticiones, anticipa hasta cierto punto la idea inefable de la eterna bienaventuranza, y convierte al hombre en un modelo de virtud y santidad; pero el misticismo, que se propone como principal objeto la adquisición de los bienes fútiles y pasajeros con que nos brinda el mundo, degenera en supersticiones horribles y tenebrosas; y el hombre acaba por entregarse á todos los delirios de la nigromancia, convirtiéndose en un espíritu infernal, como sucedió al protagonista de esta leyenda.

Gilles de Laval ostentaba un lujo religioso y una devoción, cuyas apariencias eran tan magníficas como extraordinarias: recorría siempre las calles precedido de una cruz y un estandarte: sus capellanes marchaban cubiertos de oro, y con adornos pomposos como los mas grandes prelados; tenía en su casa un colegio de cantores con el título de pagés. Pero toda esta devoción no era mas que la máscara con que encubría los hechos mas infames y los crímenes mas horrendos é impíos, que han perpetuado su memoria, dándole una triste celebridad.

El mariscal, á pesar de sus inmensas riquezas, estaba abrumado de deudas por sus despilfarros y locas prodigalidades; habia disipado gran parte de sus tesoros, buscando los secretos de la alquimia; no encontraba á nadie que le suministrara fondos, y carecia de los recursos necesarios para sus gastos. Queriendo, pues, crearse á toda costa una nueva fortuna, se determinó á echar mano de la magia negra para obtener del infierno el dinero que le negaban los hombres.

(1) V. *Histoire de la Magie*, etc. por Eliphas Lévi, pág. 281, Paris 1860.

Gilles de Laval se había enlazado con una doncella de noble cuna, víctima infeliz de un infausto himenéo. Su esposo la tenía encerrada en el castillo de Machacoul (1), cuya arquitectura tenebrosa inspiraba horror, y á este edificio daba un aspecto más lúgubre aun una pequeña torre, cuyas puertas exteriores estaban todas muradas, porque, según decía el mariscal, amenazaba ruina. Pero madama de Raiz, que pasaba con frecuencia las noches en triste soledad, había observado que de lo alto de la torre se despedían ráfagas de una luz opaca y rojiza. ¿Cuál era la causa oculta y misteriosa de un fenómeno tan extraordinario? ¿qué luz era esta en una torre deshabitada? Madama Raiz no osaba preguntarlo al mariscal: su carácter sombrío y taciturno, su aspecto adusto, sus miradas, que anunciaban algo de siniestro, la aterraban. Pero alimentaba en el fondo de su alma sospechas oscuras é indeterminadas: las paredes ennegrecidas del castillo, la torre en que nadie podía penetrar, la parecían una mansion infernal, destinada á ocultar en la soledad y el silencio la perpetración de crímenes horrendos. Una circunstancia muy particular conturbó aun más su espíritu; dió á sus sospechas un carácter más estable; aumentó sus temores. El mariscal escogía entre la gente pobre sus numerosos pages; halagaba á los padres de esos niños desventurados con generosas promesas; les aseguraba que era su intención educarlos con esmero y prepararles un brillante porvenir: pero exigía de los padres, como condicion indispensable, que no volvieran á preguntar por sus hijos, que no se interesaran por ellos, y que no les vieran. En tanto todos los días uno de los pages desaparecía; estaba vedado á sus camaradas indagar los motivos, que le habían obligado á separarse, y el mariscal suplía la falta con un nuevo page. ¿Qué significaba la luz rojiza y nocturna de la torre? ¿cuál era la suerte reservada á los pages?—Madama Raiz pasaba los días y las noches absorta en dudas, en sospechas, en pensamientos lúgubres, que la inspiraban terror. Esta ilustre dama, á la sazón en cinta, no podía mirar al mariscal sin estremecerse. ¿Qué clase de negocios ocultos y misteriosos tenía este hombre, siempre meditabundo, con un florentino, llamado Prelati, con Sillé, intendente de su castillo, y con un sacerdote apóstata de la diócesis de Saint-Malo? ¿Qué significación tenían sus largas conferencias, cuyo secreto era impenetrable?

El día de Pascua de Resurrección del 1440, después de haber recibido Gilles de Laval en su capilla la Santa Eucaristía con gran solemnidad, y con hipócrita y sacrilego recogimiento, se despidió de su intendente, diciéndole que marchaba á la Tierra Santa: y en atención á que madama Raiz se hallaba en un estado que exigía cuidados y mucha asistencia, la permitió mandar venir á su hermana: luego montó á caballo y se puso en camino.

Unidas las dos hermanas, se abrazaron anegadas en lágrimas, y madama Raiz reveló, entre sollozos y tristes gemidos, á la recién llegada, las sospechas crueles que desgarraban su pecho. Entrambas dirigieron sus miradas á la torre fatal; pero ¿cómo penetrar en ella? todas sus puertas estaban muradas, y ¡ay del que intentara acercarse á esta torre misteriosa! El mariscal lo había prohibido con fieras amenazas, y su carácter duro é inflexible, su ira implacable

amedrentaban á los más osados. Las dos hermanas quedaron largo rato pensativas, y últimamente, sospechando que alguna puerta secreta conducía á la torre, se dieron á buscarla pálidas y temblorosas. Después de haber explorado todos los subterráneos del castillo, y registrado todos sus escondites, vieron en la pared, que estaba detrás del altar de la capilla un grueso botón de cobre, casi envuelto en un follaje, que parecía un adorno de escultura. Madama Raiz le empujó ligeramente con su mano derecha, y entonces cedió á la presión una gran piedra, y se presentó á la vista de las dos hermanas una larga escalera, que las condujo á la torre infernal, repartida en tres pisos. Había en el primero una especie de capilla con una cruz vuelta al revés, rodeada de cirios negros, y con una efigie monstruosa, que sería tal vez la de un demonio, colocada sobre un altar. En el segundo había hornillos, retortas, alambiques, carbon, azufre y otros preparativos ordinarios de los alquimistas. En el tercero reinaba mucha oscuridad, y sus paredes despedían miasmas tan mefíticos, que madama Raiz y su hermana se vieron obligadas á retroceder. Pero la primera tropezó con una gran cofaina, y se sintió en el mismo instante inundados los pies y su vestido de un líquido viscoso y próximo á condensarse: volvió precipitadamente al segundo piso, y mirándose se halló empapada en sangre. Su hermana, sobrecogida de espanto, quería apelar á la fuga; madama Raiz la detuvo, trajo de la capilla una lámpara, y subieron nuevamente las dos al aposento oscuro. Fué entonces cuando se ofreció á su vista uno de los espectáculos más tremendos entre los muchos que han presenciado los mortales. Estaban colocadas, con orden y simetría, á lo largo de las paredes grandes cofainas de cobre, llenas de sangre, y todas tenían sus respectivos letreros, que indicaban fechas distintas: en medio del aposento estaba tendido sobre una mesa de mármol negro el cadáver de un niño, que acababa de ser degollado: la sangre de la cofaina, volcada por madama Raiz, se había dilatado por todo el suelo, cubierto de madera carcomida y súa. Las dos hermanas, pálidas como la muerte, y casi desmayadas, lo contemplaban todo con terror; pero madama Raiz, á quien interesaba sobremanera que todos los indicios y las huellas de su indiscreción desaparecieran, buscó agua y una esponja con ánimo de lavar el suelo. Fueron vanos todos sus esfuerzos: las manchas de la sangre vertida tomaron un color muy subido, y cambiándose de negruzcas en rojizas, lejos de desaparecer se engrandecieron..... Oyese de repente un gran ruido en el castillo: son muchos los que repiten el nombre de madama Raiz, y hieren sus oídos estas palabras terribles: «¡Es el mariscal que viene!» Entonces las dos infelices mugeres corren precipitadamente hacia la escalera, pero oyen más ruido, más gritería y pasos apresurados de gente en la capilla infernal del primer piso, llamada por los venideros *Capilla del Diablo*. La hermana de madama huye, y busca un refugio en las almenas de la torre; nocabe la misma suerte á la otra, y la desventurada madama Raiz se encuentra frente á frente de su tremendo esposo, acompañado del sacerdote apóstata y del florentino Prelati, que dirige al mariscal estas palabras infernales: «Sabeis lo que exige el caso: la víctima ha venido á ofrecerse voluntariamente.—Muy bien, contesta el mariscal, comiencese la misa negra.» (1) Entonces el sacerdote apóstata se acerca al

(1) A 32 kil. S. O. de Nantes en el departamento de la Loira-inferior.

(1) La misa negra era un conjunto de ceremonias sacrilegas,

altar de la capilla del horrendo subterráneo, y el señor de Raiz saca de un armario junto al altar un daga: luego se sienta al lado de su esposa, que yace desmayada sobre un banco, que se apoya en la pared de la capilla, y en tanto el apóstata hace todos los preparativos necesarios para la terrible ceremonia. Pero Gilles de Laval ¿por qué había vuelto tan de repente? ¿qué motivos le habían obligado á interrumpir su viaje?—La peregrinación del mariscal á la Tierra Santa había sido fingida, y en vez de tomar el camino de Jerusalén se dirigió á Nantes, en donde vivía Prelati; entró furioso en la casa de este impostor miserable y sacrilego, y le dijo que estaba decidido á sacrificarle á su ira y venganza, si no le indicaba en el acto medios eficaces y seguros para obtener del diablo todo el dinero que necesitaba. Prelati ocultando con gran disimulo bajo el velo de una estudiada indiferencia el temor que le inspiraban las fieras amenazas de Gilles de Laval, le contestó, con ánimo de alargar los días de su infame existencia, que el infierno no dejaría de protegerle si no se negaba á sacrificarle el hijo que madama Raiz llevaba en su seno, arrancándole de sus mismas entrañas. El mariscal guardó silencio, y sin pronunciar ni una sola palabra, volvió al castillo, acompañado del sacerdote apóstata y de Prelati.

Es de suponer que fué mucha su feroz alegría cuando encontró á madama Raiz en el subterráneo de la torre, porque la indiscreción de su desventurada esposa le proporcionaba un pretexto muy legítimo, á su entender, para consumir el nuevo y horrendo delito que le exigía Prelati á nombre del infierno, ni las palabras del hechicero florentino: «la víctima ha venido á ofrecerse voluntariamente,» lisonjearían menos su ambición de dinero, porque le recordaban, que tras el delito venían los tesoros. Pero el cielo, que ampara la inocencia, y descarga los rayos de su venganza contra los culpables, cuando se juzgan mas próximos al triunfo, salvó á madama Raiz, y quiso que la suerte funesta, que estaba reservada á Gilles de Laval, sirviera de triste ejemplo á la mas remota posteridad.

La hermana de la mariscal, refugiada en las almenas de la torre, se había quitado el velo de la cabeza, y teniéndole asido por una de sus estremidades, le agitaba desplegado al viento, pidiendo casi instintivamente, afligida y triste, y á la ventura, algún socorro en aquella soledad mas bien al cielo que á los mortales. Pero fué mucha su alegría, y tan grande como inesperada, cuando vió, que dos hombres á caballo y acompañados de mucha gente armada respondían desde lejos á sus señas, y se acercaban al castillo galopando. Eran sus dos hermanos, que al primer anuncio del viaje de Gilles de Laval á Palestina, se habían puesto en camino para venir á visitar á madama Raiz y consolarla, durante la ausencia del esposo.

Habiendo sabido el mariscal la llegada de sus cuñados interrumpió la horrible ceremonia de la misa negra, y dirigiéndose con afectada serenidad á su víctima infeliz, le dijo: «Madama, os perdono, y se correrá el tupido velo del olvido sobre lo pasado, si me obedecéis. Volved á vuestro aposento, poned otro traje, é id á buscarme á la sala en donde voy á recibir á vuestros hermanos. Si os atreveis á soltar de vuestros

labios una sola palabra indiscreta, que pueda dar indicios ó sospechas de lo ocurrido, tan luego como ellos salgan del castillo, os conduciré nuevamente á este subterráneo, se continuará la misa negra, y morireis cuando el oficiente llegue á la consagración: aquí dejó la daga: miradla.» Después de estos cortos y terribles acentos, pronunciados en tono resuelto, cogió del brazo con furia á su esposa; la llevó él mismo á su cuarto, y se fué á recibir con testimonios de simulada alegría á los dos personajes, que conocen ya los lectores, y á la gente que les acompañaba, diciéndoles que madama Raiz no tardaría en venir. Con efecto, al cabo de pocos instantes apareció la víctima infeliz; pero tan pálida, tan decaída, tan triste, que inspiraba aflicción y dolor. «¡Mariscal! nuestra hermana está muy enferma, dijeron á un tiempo los dos caballeros: ¿qué enfermedad es la suya?—Son las dolencias inseparables del estado interesante en que se encuentra, contestó el mariscal—y en tanto, fijando en ella sus miradas infernales, parecía decirle en lúgubre silencio y con fiera amenaza:—El subterráneo, la misa negra, el sacrificio te esperan.» Las miradas homicidas de su terrible esposo la aterrorizan, pero no la impiden pronunciar en voz baja, y en un tono muy flébil y lastimero estas palabras: «Hermanos míos, salvadme: quiere asesinar-me.» Fué entonces cuando la otra muger desgraciada, que se había refugiado en las almenas de la torre, y que en esta parte de la leyenda figura con el nombre de Ana, fué entonces, digo, cuando entró furiosamente con los ojos empapados en lágrimas, y gritando en alta voz: «Hermanos, llevadnos, salvadnos: Gilles de Laval es un homicida, es un asesino: ha entregado su alma á los espíritus malignos:»—y teniendo fijas sus miradas en el hombre terrible, repetía siempre las mismas palabras. El mariscal, viéndose espuesto á graves é inminentes riesgos, llama en su socorro á la gente del castillo; pero esta le desarma y no le defiende, porque cree descubrir en su semblante pálido y agitado, y en sus miradas feroces é inciertas todos los indicios de la locura y de un gran delirio. En tanto las dos mugeres pasan el puente levadizo del castillo, y salen defendidas y amparadas por sus hermanos, y los hombres armados, que les acompañan.

Un día después de los hechos, que acabamos de narrar, el duque de Bretaña, Juan V, mandó circuir el castillo de Machecoul, y Gilles de Laval se entregó á discreción y sin resistencia. El Parlamento de aquella provincia le condenó como homicida; la corte eclesiástica como herege y hechicero, y Gilles de Laval fué quemado vivo en el campo de la Magdalena cerca de Nantes.

SALVADOR COSTANZO.

¿SABEIS LO QUE ES LA BANDERA?

¿Sabeis lo que es la bandera? La bandera es el honor de la patria, es la patria misma. Ella simboliza los grandes hechos de nuestros antepasados; ella hace renacer el recuerdo de los que han perecido defendiendo la honra nacional, combatiendo por la independencia de la gran nación á que pertenecemos; ella mantiene en constante verdor los laureles recogidos en Ingolstadt, en Muhlberg, en San Quintín, en Lepanto. Preguntad á la bandera española y os contesta-

que se celebraban en honor del demonio, y en esta especie de parodia nefanda de la Santa Eucaristía, se sacrificaban víctimas humanas.

rá que ella ha asistido á los grandes dias de la patria, que ha presenciado las grandes victorias de los antiguos tercios españoles, que ha visto humillada á sus pies la bandera de cien naciones; ella ha sido paseada victoriosa por todas partes; sus ondulantes pliegues han tremolado al viento en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en Turquía, en Cochinchina, en el Nuevo Mundo. Las conquistas de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro, las empresas de la Goleta, de Túnez, de Argel, de Malta, de Trípoli y de Bugia, las batallas de Almansa y de Brihuega, de Bailén y de Ocaña, bien fuesen de resultados prósperos ó adversos para los españoles, bajo la bandera tuvieron lugar; la bandera servía de enseña nacional que recibía las últimas miradas de los moribundos y los vítores de los vencedores; ella se encargaba de dar el último adiós á los parientes de los héroes que sucumbían bajo el plomo enemigo, y ella eternizaba la memoria de sus grandes hechos. Tomad la bandera nacional y tendreis la historia de España en la mano. La cruz que coronaba los estandartes de los guerreros de don Jaime el Conquistador, y de San Fernando; los pendones de los reyes Católicos que enarbolados en las torres de la Alhambra proclamaban la ruina del imperio granadino; las enseñas, las divisas y los trofeos de los mas célebres capitanes españoles, todo está hoy representado en la bandera nacional. Preguntad á estos aguerridos soldados que han combatido heroicamente en Africa, si para ellos era algo mas que un distintivo militar, que un adorno de batallón, esa bandera que les conducía á la victoria, esa bandera que se levantaba en medio de sus campamentos como dando á entender que allí eran todos hermanos, cobijados por la sombra de la patria; y os dirán que la bandera les llevaba los tiernos afectos de las esposas, de los padres, de los amigos, de todos los seres queridos; os dirán que bajo la bandera se sufre con resignación toda clase de penalidades, se arrostran todos los peligros, se desafían las inclemencias del tiempo, se padece hambre y sed sin proferir una queja, porque solo se anhela ondear al viento el pabellón nacional, orgullo de un sinnúmero de generaciones, legado precioso de nuestros padres, vida y honor de la patria.

Y esta veneración por la bandera nacional, este amor á la enseña del país que nos ha visto nacer, le tienen todos los pueblos, le sienten todos los hombres con tal que lata en su pecho un corazón generoso. Los pueblos menos civilizados, las naciones mas incultas, las mismas tribus salvajes de América, marchan al combate tranquilos y vanidosos siguiendo sus rústicas banderas, porque en ellas ven la existencia, la fuerza y la dicha de la patria. Quitad las banderas y el mundo se convertirá en una nueva torre de Babel, vuestras fronteras serán invadidas, vuestros hogares pasarán al poder de gentes desconocidas, porque no tendreis la santa enseña de vuestra patria á cuya sombra podíais reuniros y asegurar la tranquilidad del suelo que os pertenece. Este amor á la bandera que representa el país en donde se ha nacido, todos le tienen. «El soldado que abandonase su bandera, dice un escritor extranjero, cometería un sacrilegio. La bandera es como el campanario de un pueblo: ella abraza al regimiento; se vive bajo su sombra, y bajo la misma sombra se muere. En sus gloriosos pliegues encierra el honor del cuerpo, el honor del país. Es el punto luminoso en que se concentran todas las miradas; lejos de la familia y de la patria, recuerda la familia y la patria; es la reliquia

del regimiento. No es meramente como supondrán algunos, un bastón adornado de sedas y de flecos. Guardaos bien de enseñar semejante blasfemia al pobre marinero que sobre las encrespadas ondas del Océano, en medio de las balas y de la metralla, agarrado al mástil del buque que va á hundirse en los abismos, abraza el santo pabellón de la patria á dos mil leguas de sus riberas. Guardaos bien de enseñar semejantes blasfemias al soldado mutilado que cubierto de sangre, prefiere morir al pie de su bandera antes que verla en poder del enemigo.—Las creencias son santas, las creencias constituyen las grandes naciones; ellas desenvuelven la naturaleza humana; ellas solas, en las monarquías europeas, en medio de la civilización moderna, entre la gran confusión de las sociedades y los espantosos desengaños públicos, son las únicas que pueden salvar los imperios.»

FLORENCIO JANER.

¿ES PRUDENTE TOCAR LAS CAMPANAS

PARA AHUYENTAR LAS TEMPESTADES?

En el estado actual de la ciencia, dice el célebre Arago, no está probado que el sonido de las campanas haga mas inminente y mas peligrosa la caída del rayo: no está probado que un gran ruido haya atraído nunca el rayo sobre edificios que sin eso no hubiera caído.

Con todo, es preciso recomendar fuertemente no tocar á vuelo las campanas por interés de los mismos campaneros. El peligro que corren guarda proporción con el de los imprudentes que en tiempo de tempestad se guarecen debajo de los árboles grandes. El rayo hiere los objetos elevados, y sobre todo la cúspide de los campanarios. La cuerda de cáñamo atada á la campana y empapada generalmente de humedad conduce la descarga eléctrica hasta la mano del campanero, y esa es la causa de tantos deplorables accidentes.

Observamos que si la campana, seca ó húmeda, no toca en tierra, como ordinariamente sucede, la materia fulminante, despues de haber llegado al anillo de su estremidad inferior, podría muy bien en muy gran parte volverse atrás y subirse á la cúspide ó punta del campanario, y disiparse en el espacio. Bajo este punto de vista no se le ha permitido deducir de la ausencia de todo destrozo en el interior de un campanario, que no haya muerto muchos campaneros.

MANUEL GUZMAN.

WALTER SCOTT.

Walter Scott, el mas grande novelista del siglo XIX, nació en Edimburgo el 15 de agosto de 1771, y murió el 20 de

setiembre de 1832 á la edad de sesenta y un años en Abbotsford. Es uno de los nombres mas populares de la literatura. Las obras del novelista escocés, encantan á todas las clases de la sociedad: sus arrebatadoras páginas penetran en las tiendas y en los salones, en el tocador de las damas y en las boardillas.

La sencillez que caracteriza las relaciones de Walter Scott, las pone al alcance de todas las inteligencias, y su forma atractiva insinúa fácilmente en los corazones la dulce y sana moral que encierran, porque el grande escritor ha trabajado en mejorar á sus lectores contribuyendo á sus placeres.

Indiferente á la triste celebridad de esos genios que pasan cual meteoros sin iluminar el mundo que deslumbran, ha buscado una gloria menos brillante tal vez, pero mas sólida y mas pura. Además, su blason literario no palidecerá delante de ningun otro, pues aunque tiene parte de Shakespeare, por la observacion de los hombres y parte del estudio de las antigüedades, su modo de producirse es de una rica originalidad. El es el primero que ha anunciado la resurreccion de la edad media. Su mano es la primera que ha reconstruido las viejas mansiones feudales, sacado del polvo la genealogía de los señores, y resucitado á los pueblos que habian desaparecido.

A la voz del encantador, á la aparicion del genio que los habia evocado, los señores feudales se han revestido sus enmohecidas armaduras, han vuelto á tomar su severa fisonomía, y han vuelto á resonar sus pisadas como en los pasados dias en las salas de sus abuelos. Los ha hecho revivir con sus supersticiones, sus preocupaciones, sus costumbres idólatras de lo pasado, y se transporta allí con amor y no parece sino que la felicidad solo se encuentra para él en medio de los señores feudales de Escocia, tales como existian ahora hace trescientos años.

Se explica fácilmente esta tendencia en Walter Scott, nacido en el pais mas rico en recuerdos feudales. Cada piedra le recordaba allí una famosa hazaña, las antiguas canciones y las tradiciones murmuraban sin cesar alrededor de las ruinas. Anádese á todas estas circunstancias su educacion solitaria, y se concebirá fácilmente que dotado de una imaginacion romántica, se consagrara desde muy temprano al encanto de los recuerdos. Su gran placer cuando iba á la escuela, era contar cuentos de brujas á sus compañeros, y ya habia encontrado el secreto de cautivar á su pequeño auditorio.

No dió en sus estudios muestras de gran talento, siguió la carrera de la jurisprudencia, y llegó á ser Scheriff del condado de Selkirk (1799) y secretario de las sesiones de Edimburgo en 1806. Estos dos destinos aseguraron su subsistencia, y pudo entregarse á su gusto de anticuario narrador.

Las leyendas antiguas tenían para él un atractivo particular, puso en verso aquellas relaciones populares y se colocó muy pronto entre los poetas de la Gran Bretaña; mas no tardó mucho en abandonar los versos por la prosa, y entonces fué cuando su genio desplegó su rápido vuelo. Waverley fué su primera novela, y alentado con el buen éxito de aquel primer ensayo, publicó sucesivamente otras muchas, la mayor parte cubiertas con el velo del pseudónimo y del anónimo, que adquirieron una fama europea.

Estas obras no son todas de igual mérito, pero en todas

ellas brilla un talento mágico para pintar los paisajes, los usos, los trages, y describir los caracteres, presentando una mezcla de heroismo ideal, y de pormenores familiares y cómicos amalgamados con habilidad, una estremada variedad, incidentes dramáticos y escenas sublimes, pero tambien se encuentra con ellas con frecuencia repeticiones, digresiones, cierto embarazo en el modo de presentar los personajes, y trivialidad.

El éxito feliz de las obras de Walter Scott, habia aumentado considerablemente su fortuna, y el autor pudo comprar la posesion de Abbotsford, en la orilla de Tweed, de la que hizo una mansion deliciosa; pero en 1826 una bancarrota lo arruinó casi completamente. Volvió entonces á trabajar con buen animo, y en 1827 presentó al público, su «Vida de Napoleon» en 10 vol. en 12.º, obra concluida en breve tiempo, y escrita con demasiada parcialidad, pero redactada con buenos materiales, oficiales algunos y desconocidos de Francia. El resultado no correspondió á sus esperanzas pero el grande hombre, el genio de la Escocia, iba á estinguirse muy pronto.

Gastado por las vigiliias y el esceso de trabajo que se habia impuesto para cumplir la noble empresa de pagar á sus acreedores cada dia iba debilitando mas y mas su salud. Solo entonces echaron de ver sus compatriotas su resignacion y su heroica constancia.

A principios de 1831 tuvo un ataque de parálisis que le cogió la lengua y la mano, á punto de impedirle casi escribir.

Si el ilustre escritor hubiese apelado á sus conciudadanos sin duda no le hubieran faltado los socorros. Contaba al rey Jorge IV entre sus mas ardientes admiradores, y mas de una vez, aquel príncipe le habia dado muestras particulares de estimacion y de benevolencia. Pero tenia un alma demasiado altiva para condescender en pedir nada y la generosidad inglesa no era bastante ingeniosa para ir á buscarle ella misma.

Cuando se supo el estado total de su salud se manifestó en todas las clases un estremado interés. Acudieron extranjeros de paisajes lejanos á manifestarle su admiracion, y una muchedumbre de individuos de todas categorías acudian sin cesar á su mansion para saber noticias suyas. Los médicos le mandaron un viage á Italia. Apenas se supo esto, cuando el gobierno le ofreció un buque. Se alejó tristemente de Abbotsford porque no esperaba volverlo á ver mas, y marchó á Londres.

Allí fué recibido con entusiasmo. Despues de haber escrito un á Dios al mundo que publicó en su última novela, se hizo á la vela para Italia. Pareció mejorarse un momento su vacilante salud, pero fué de corta duracion su mejoría. Bajo el cielo tan puro de Italia, en medio de las imponentes ruinas de la antigüedad, se apoderó de su corazon el mal del pais: echó de menos las nieblas de su patria y los viejos torreones feudales. Quiso por última vez, volver á ver todavia su tranquila habitacion de Abbotsford y escuchar el melancólico gemido de los árboles, que habia plantado. Quiso morir en sus hogares como habia vivido, en medio de una dulce atmósfera de paz y de inocencia. Efectuó aquella vuelta con una precipitacion fatal. Cuando volvió á Londres se hallaba estenuado. En cuanto se mejoró un poco, se apresuró á continuar su viage y se embarcó para Escocia. Llegado al fin á Abbotsford pareció revivir, pero aquello era

el último resplandor de una lamparilla que se apaga. Sucumbió el 20 de setiembre de 1832, en medio de su familia, sin dar señal alguna de dolor y sin que la muerte descompusiese las nobles y tranquilas facciones de su rostro.

Tal fué el fin del gran genio de la Escocia. Un prolongado grito de dolor resonó en las montañas cuando los ecos

repitieron en ellas la fúnebre noticia. El pueblo se reunió en tropel sobre las colinas, durante los funerales, para saludar todavía una vez mas los restos de aquel que tanto le había encantado y darle un último á Dios. En muchos puntos las muestras de las tiendas se cubrieron con un paño negro. Un crespón flotaba sobre el viejo fuerte de Dernik:



Walter Scott.

la tristeza se nallaba pintada en todos los rostros: muchos habitantes se vistieron de luto. Sencillo, interesante homenaje tributado á la memoria del grande hombre, de aquel mismo hombre ante el cual el pueblo se quitaba el sombrero en Lóndres gritando: Dios os bendiga, Sir Walter;

homenaje que dice mas que todos los elogios: sencilla y encantadora espresion que vale mas que todos los grandes comentarios sobre la inmensa popularidad de Sir Walter Scott.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.